

Foto del Futuro

Bitácora de una imagen

Capítulo 1 - 23 de marzo de 2025

No suelo ordenar cajas viejas. Pero esta mañana, buscando un cable que pensé que todavía tenía guardado, abrí una que tenía el sello de la mudanza del 2018. Al principio no recordaba nada de aquella época, como si hubiera pasado en otra vida. Pero al ver algunos papeles viejos y ese control remoto —de un televisor que ya no tengo desde hace años— me vinieron algunos flashes. Imágenes sueltas. Una discusión, una noche de lluvia, una lista de cosas mal embaladas. Nada muy claro. Lo que sí recuerdo con certeza es que nunca vi ese sobre. "Personal", decía, con una caligrafía que definitivamente no reconozco. Eso fue lo que más me inquietó. Por eso lo abrí.

Adentro, solo una foto.

Estoy yo. Pero más viejo. Mucho más. Pelo gris, arrugas profundas. Estoy de pie en una especie de calle o pasillo oscuro, rodeado de cinco personas que no reconozco. Uno parece herido. Dos están armados. Al fondo, una señal de evacuación en un idioma que no identifico.

En el dorso, una frase escrita con bolígrafo azul: **"3 de diciembre de 2031. No confíes en el del abrigo rojo."**

Todavía estoy temblando. Al del abrigo rojo no se le ve bien la cara, esa zona de la foto está muy oscurecida y algo borrosa. Solo los ojos, esa mirada intensamente iluminada.

No es sólo el miedo. Es la certeza de que algo se está moviendo por debajo de la superficie. Esa versión mía más vieja... no parece alguien resignado. Tiene los puños apretados. Está en guardia.

Pasé el resto del día con la foto en la mano. La miré con lupa, la escaneé, la comparé con selfies viejas. Las arrugas coinciden. La forma de la cicatriz que tengo debajo de la ceja derecha, también. Soy yo. Pero algo pasó entre este presente y ese momento capturado en papel.

Intenté buscar coincidencias de rostros en redes sociales, pero nada. Reconocí un logo pequeño en la chaqueta de uno de los hombres. Pertenece a una empresa de seguridad privada con sede en Berlín. Nunca estuve en Alemania. Pero en la foto, yo estoy al lado de ese hombre. Me está mirando. Como si esperara algo de mí.

No pude evitar preguntarme si esto era parte de alguna campaña, una obra experimental, un montaje. Pero no. Cuanto más la miraba, más sabía que era real. Sentía esa familiaridad sin explicación, ese peso en el estómago que aparece cuando el futuro se cuela por una rendija.

Llamé a Sofie. Hacía meses que no hablábamos. Tengo pocos recuerdos de aquella última conversación, pero sí sé que fue tensa. No importa, la necesitaba. Trabaja con

archivos visuales, cosas de restauración digital. Le pedí que analizara la imagen sin decirle nada más. Le envié el escaneo por email y al rato me llamó.

—La imagen es real, no está manipulada —me dijo—. Se nota que viene de una impresión antigua, eso seguro. Pero esa cara... ¿No es igual a vos?

Me quedé callado. Me preguntó si era un trabajo de ficción. Le dije que no, que la encontré en una caja.

—Entonces te están buscando. O ya te encontraron.

Después cortó. No la volví a llamar.

Esa frase... "*No confíes en el del abrigo rojo*". ¿Quién la escribió? ¿Fui yo mismo? No reconozco mi letra.

Por la noche, casi no pude pegar un ojo, apenas algunos minutos sueltos por aquí y allá. Soñé con el pasillo oscuro. Estaba en él. Era yo. Pero ya no era el yo de hoy. Tenía una sensación clara de urgencia. Detrás de mí, pasos. Delante, una puerta con el mismo símbolo que estaba al fondo de la foto. Me desperté empapado en sudor.

No sé si fue un aviso, un recuerdo o una alucinación. Pero sentí por primera vez que no estaba solo. Que había algo más grande, algo que me alcanzaba.

Me levanté y fui al ático. Volví a abrir la caja. Miré cada papel, cada objeto olvidado. No había nada más de valor. Pero debajo del sobre, entre dos hojas dobladas, encontré una tarjeta plástica blanca, sin inscripciones. Apenas un código QR impreso con tinta gris tenue.

Lo escaneé. Nada. O eso pensé.

A los diez segundos, la pantalla de mi teléfono parpadeó. Luego se puso negra. Apareció un solo mensaje, en blanco:

"YA EMPEZÓ."

Me quedé congelado. Llevé una libreta a mi cuarto y empecé a escribir todo lo que recordaba hasta que caí rendido poco antes del amanecer. Soñé de nuevo. Esta vez era distinto: la versión vieja de mí hablaba con alguien que no podía ver. Le daba instrucciones. No escuchaba las palabras, pero entendía el tono: urgencia, desesperación. Me miraba directo. Como si supiera que yo lo estaba viendo desde el otro lado.

El sueño se cortó de golpe, como si alguien hubiese tirado de un cable. Me desperté con el corazón latiendo en los oídos. En la mesa de luz había una hoja que yo no recordaba haber puesto allí. Un papel doblado, en blanco. Al desplegarlo, vi una dirección web escrita a mano, con el mismo bolígrafo azul de la frase en la foto.

La escribí en el navegador. No llevó a ninguna parte.

Pero ahora sé que alguien estuvo aquí mientras dormía.

Lo peor es que ya no sé qué es peor: que todo esto fuera real... o que no lo fuera.

Capítulo 2 - 27 de marzo de 2025

Pasé cuatro días mirando esa foto. No salí de casa. Apagué el celular. La colgué frente a mi escritorio, iluminada por una lámpara dirigida. Pasaba horas estudiándola, buscando detalles que me hubiera perdido. Me obsesioné con una esquina del fondo, donde apenas se veía lo que parecía ser una pantalla. Con software de mejora digital logré distinguir una palabra: "desfase". En qué contexto, no tengo idea.

Intenté compararla con fotos de lugares industriales, bases militares, hospitales subterráneos. Incluso envié la imagen a una IA de arquitectura forense. Me devolvió una coincidencia parcial: una estación abandonada cerca de Praga. Nunca estuve en Praga. Pero esa sensación de familiaridad era como un eco.

Explorando más profundo, subí una versión editada de la imagen a un foro de ex empleados de empresas de seguridad. Un usuario llamado *Eberhardt77* me escribió al privado. Dijo reconocer a uno de los hombres. Le mandé el recorte. Tres horas después, su cuenta fue eliminada. Todos sus mensajes, borrados. Como si nunca hubiese existido.

Intenté volver al foro un rato más tarde, incluso. El dominio ya no funcionaba. Redirigía a una página con un error genérico. Esa misma noche empecé a recibir correos en blanco. Ningún asunto, ningún cuerpo de mensaje. Solo un archivo adjunto: mi foto, pero con la cara del hombre en la chaqueta borrada. Cada versión estaba más distorsionada. Como si alguien quisiera borrar su rastro, o advertirme.

Llamé a Sofie de nuevo. Tardó en atender, quizás se resistía a volver a estar en contacto conmigo, ¿qué nos había pasado? Le conté apenas lo suficiente. Su voz tembló cuando dijo:

—Si alguien está borrando evidencias... vos podrías ser la próxima.

No volvimos a hablar.

Soñé con una sala de control. Relojes de agujas colgaban de las paredes, todos desfasados. En el centro, una mujer con bata blanca manipulaba una esfera luminosa suspendida sobre una mesa. Me miró. Era la misma mujer que también aparecía en la foto, la única. Dijo:

—Todavía estás a tiempo de no ser vos.

Desperté con un nombre clavado en la memoria: **Annette Kraus**. Busqué varias referencias y llegué a una plataforma digital privada. Muy profundo en la Internet profunda. Científica suiza. Especialista en sistemas cuánticos. Según un documento sin fecha que encontré en una carpeta perdida de ese servidor, ella habría muerto en un incendio en 2029. No entiendo cómo es posible saber algo del futuro. Tal vez fue un error de tipeo. Tal vez no. Busqué todo lo que pude. En un blog olvidado y viejo encontré una entrevista donde hablaba de "eventos pliegue". Decía que ciertos puntos en el tiempo pueden doblarse. Y que, a veces, alguien cae adentro.

Uno de los comentarios anónimos bajo esa nota me dejó helado: *"El del abrigo rojo no tiene sombra."*

La paranoia se instaló en mí como un implante. Caminaba por el departamento con las luces encendidas. Evitaba espejos. Empecé a tomar notas en la libreta y en papeles

sueltos. A tachar y volver a escribir. Anotaba nombres, coordenadas, fragmentos de sueños.

A la mañana siguiente, mi computadora estaba encendida. Un archivo llamado **Bitácora_0.txt** estaba abierto. No lo había creado. Solo había una frase:

"El primer desplazamiento no es el problema. Es el regreso lo que te rompe."

Apagué la máquina. Compré una libreta nueva. Empecé a escribir a mano tratando de variar mi letra. Dividí los recuerdos entre los que podía afirmar como propios y los que parecían insertados. Empezaban a mezclarse.

Escribí en una hoja suelta: *"Si encontrás esto y todavía sos vos, no sigas buscando. No por ellos. Por vos."*

Tuve otro sueño. El del abrigo rojo caminaba por el pasillo de mi edificio. Pero era distinto. Como si el lugar hubiera envejecido un siglo. En su mano llevaba algo. Una esfera de luz palpitante. Me miró. Sabía que lo estaba viendo.

Desperté agitado. Y con una sensación brutal en el pecho:

¿Y si no fui yo el que encontró la foto, sino que la foto me encontró a mí?

Capítulo 3 - 5 de abril de 2025

Hoy salí por primera vez en varios días. Caminé sin rumbo por el centro de la ciudad, tratando de despejarme, pero fue peor. Cada rostro desconocido me pareció potencialmente conocido. Cada abrigo rojo me erizaba la piel. Y había muchos. Demasiados. No sabía si era una moda, un mensaje o una broma cruel del universo.

Entré en una confitería antigua, de esas que sobreviven por inercia, con vitrinas empañadas y mozos de uniforme gris. Me senté junto a la ventana, pedí un café y abrí mi libreta. Repasé mis anotaciones, intentando encontrar un patrón entre lo imposible. Había escrito cosas que ya no recordaba haber pensado. Pequeñas frases, lugares, dibujos sin sentido. Me detuve en un garabato: un círculo dividido en doce partes, con una aguja en espiral apuntando hacia un único número marcado con rojo. No sabía cuándo lo había hecho.

Fue ahí cuando vi a uno de los hombres de la foto.

No fue una certeza inmediata. Fue una intuición. El modo en que sujetaba su taza, el gesto tenso en el entrecejo, la forma en que su mirada escaneaba la calle como si esperara algo que nunca llegaba. Tenía el mismo perfil que uno de los desconocidos que rodeaban a mi versión futura en la imagen.

Estaba solo. Y tenía una cicatriz en el cuello, justo debajo de la oreja. La misma que se veía en la imagen ampliada. Se notaba apenas, pero estaba.

Me paralicé. Cerré la libreta. Pagué. Salí y lo esperé en la esquina.

Cuando salió, lo seguí. Caminó tres cuadras, se detuvo frente a un edificio sin cartel. Tenía una puerta blindada y una cámara que giró hacia él. No hizo nada. No tocó timbre. La puerta se abrió sola. Entró. No salió.

Volví al día siguiente. Y al otro. El edificio parecía estar vacío. Nadie entraba, nadie salía. Ni siquiera había luces encendidas de noche. ¿Qué era eso? ¿Un archivo?

Me acerqué una vez y apoyé la oreja contra la puerta. Nada. Silencio absoluto. Hasta que escuché un clic metálico, suave, como un engranaje girando. Me alejé rápido.

Intenté buscar información sobre el edificio en registros públicos, catastros, planos antiguos. Nada. Ni siquiera figuraba como construido. En su lugar, según el plano municipal, debería haber un estacionamiento. Esa fue la primera vez que sentí que la realidad tenía fallas.

Estaba obsesionado, realmente. Me puse a buscar entre todo lo que tuviese guardado. Esa noche, revisando fotos antiguas de viajes, encontré una imagen que me había olvidado de tener. Tomada en Amsterdam, tres años atrás. En el reflejo de una vidriera, a la izquierda de la imagen, está él. El mismo hombre. Mirando directo a la cámara. Yo no lo había visto entonces.

Esa imagen es anterior a que yo encontrara la foto. Es anterior a todo esto.

Dormí mal de nuevo. Soñé con el edificio sin cartel. En el sueño bajaba por una escalera infinita. Las paredes eran de concreto viejo. En cada descansillo, una pantalla mostraba una versión distinta de la misma foto. En una, faltaba alguien. En otra, yo no

estaba. En una más, todos tenían los ojos tapados por una franja negra. En otra, la imagen estaba invertida, como si el tiempo se hubiera dado vuelta.

En el último descansillo había una puerta con la palabra **REENTRAR** escrita en letras rojas. Me acerqué. Antes de abrirla, me desperté. El corazón me latía en la garganta.

En mi mesa de luz había una nota. Escrita a mano, con la misma letra del dorso de la foto:

"La puerta ya está abierta. No vuelvas a cerrarla."

No sé cómo llegó allí. Tengo todas las ventanas cerradas, la puerta con doble traba. Nadie pudo entrar. O eso quiero creer.

Pasé el resto del día en silencio, sin prender la televisión ni conectarme a nada. Escribí sin parar, como si necesitara dejar constancia antes de desaparecer. Empecé a notar que mi letra cambiaba. En algunas frases, era la misma que la de la nota. Como si otra versión de mí usara mi mano mientras no miraba.

Me miré en el espejo. Tuve la certeza de que no era el mismo que hace una semana. Y por primera vez desde que esto empezó, me pregunté si esa versión futura de mí, la de la foto, no estaba atrapada en algo mucho peor que el tiempo. Algo circular. Algo de lo que ya no se puede salir.

Capítulo 4 - 9 de abril de 2025

No tenía intenciones de volver al edificio. Lo había decidido: era demasiado, demasiado cerca de lo imposible. Pero esta mañana, cuando bajé a tirar la basura, encontré en mi buzón un sobre igual al anterior. Misma caligrafía. Misma tinta azul.

Esta vez no decía "Personal". Decía: **"Abrí cuando estés listo."**

Lo abrí ahí mismo. Adentro, una llave. Antigua, pesada, de hierro. Y un papel arrugado con una dirección que no conocía. El barrio estaba en el otro extremo de la ciudad, una zona industrial casi abandonada. Debajo de la dirección, solo una línea:

"No llegues tarde. 13:10."

Faltaban dos horas. Volví a casa, tomé mi teléfono, la libreta, y una linterna. Algo me decía que iba a necesitarla.

El taxi me dejó lejos, no quiso acercarse a la dirección. "No, es una zona abandonada, ahí no entro", me dijo el conductor. Llegué caminando. Terminé de frente a un depósito oxidado, sin cartel, con ventanas rotas y grafitis en idiomas que no reconocía. Me costó encontrar la dirección exacta. Era una chapa vieja cubierta con tablas. Pegué una vuelta al perímetro. A la derecha, oculta detrás de un montículo de chatarra, había una entrada secundaria. Probé la llave. Encajó.

El interior era como estar dentro de una película en pausa. Pilas de monitores antiguos, teléfonos de disco, cintas VHS. Un taller detenido en otra época. Al fondo, una puerta blanca contrastaba con todo. Impecable. Moderna.

Me acerqué. Una cámara sobre la puerta giró hacia mí. Un pitido corto. La puerta se abrió sola.

Adentro, una sala vacía. En el centro, una silla de oficina. Encima, una carpeta. Cuando la abrí, lo primero que vi fue otra foto. Esta vez, yo estaba solo. Más viejo, más delgado. En una celda. Atrás, un número de serie: **T-42/REENTRAR.**

Debajo de la imagen, una ficha con datos clínicos, gráficos de ondas cerebrales y una anotación en inglés: *"Individuo consciente del ciclo. Persistente. Peligroso si escapa del patrón."*

No supe si escapar o leer el resto. Me senté. Pasé las hojas. Informes con mi nombre. Fechas que no han llegado. Firmas electrónicas. Todo parecía oficial. Pero, ¿de dónde? ¿De qué organización?

No escuché la puerta cerrarse. Pero cuando quise salir, no se abría.

Intenté llamar por teléfono. Sin señal. Revisé el techo, buscando alguna cámara o sensor. Nada. Solo una lámpara central que parpadeaba levemente, como si respondiera a mi respiración.

Pasó una hora. Tal vez más. En un rincón, descubrí una pequeña puerta metálica. No tenía picaporte. Toqué el borde: caliente, como si alguien estuviera soldando del otro lado.

Entonces se encendió un parlante oculto. Una voz sintética, neutra, dijo:

—¿Sos el original?

Me paralicé.

—¿Original de qué? —pregunté. Nadie respondió.

La carpeta sobre la mesa se actualizó sola. Apareció una nueva hoja impresa. Decía:

"Reintento #5: Ciclo reiniciado. Evaluar estabilidad emocional. No informar aún."

Me acerqué a la pared y golpeé con fuerza. Grité. Nadie respondió. Pero la luz cambió de intensidad. Como si me estuviera leyendo.

En la libreta, sin saber cómo, habían aparecido nuevas palabras. Es mi letra, pero no recuerdo haberlas escrito:

"Todavía estás adentro. No lo olvides. No todo lo que ves es del presente."

Me senté. Cerré los ojos. Y por primera vez en días, respiré hondo. Tal vez me estaban preparando. Tal vez esto ya me había pasado.

Y si así fuera... ¿cuántas veces más?

Capítulo 5 - 10 de abril de 2025

No dormí esa noche. La lámpara nunca se apagó. A veces parpadeaba, a veces no. Me quedé en la silla, repasando los documentos una y otra vez. Todo tenía sentido y a la vez, ninguno. Algunos informes hablaban de “fase de ajuste”, otros mencionaban “desalineación temporal leve” y uno en particular tenía tachaduras con tinta roja sobre mi nombre. Encima de las tachaduras, una sola palabra manuscrita: “RESERVA”.

Cuando se hizo de día (o eso supuse, porque no había ventanas ni relojes), la puerta metálica lateral finalmente se abrió. Del otro lado, una mujer vestida con uniforme gris me esperaba. No llevaba insignias. Tenía una carpeta bajo el brazo y me miraba como si me conociera.

—Tenés que venir conmigo —dijo.

No pregunté adónde. Caminé detrás de ella por un pasillo angosto, sin detalles. Todo concreto gris y luces en el piso. Me llevó hasta una sala pequeña con una mesa redonda. Alrededor, cuatro sillas. En una de ellas ya había alguien sentado. Lo reconocí al instante: era uno de los hombres de la foto. El del fondo, junto a la señal de evacuación. Ahora estaba sin armas, con el mismo abrigo gris oscuro. Nos miramos. Él asintió, como si todo esto fuera parte de un plan que yo todavía no entendía.

—Estamos en la fase de acople —dijo la mujer, sentándose frente a mí—. No hablés con nadie si no te lo pedimos.

Apreté la libreta con fuerza. Ella la vio. Hizo un gesto. El hombre que estaba sentado se levantó, me la quitó con cuidado y se la pasó a la mujer. Ella la abrió. Pasó unas páginas. Se detuvo en una.

—Esto no lo escribiste vos —dijo—. Esto ya estaba.

Era la misma frase de antes: **“Todavía estás adentro. No lo olvides. No todo lo que ves es del presente.”**

—Algunos de ustedes desarrollan conciencia cruzada antes de lo esperado. Nos complica las iteraciones. Pero también da margen para adelantar ciertas pruebas.

—¿Qué pruebas? —pregunté.

Ella abrió su carpeta. Extrajo una hoja y la deslizó hacia mí. Un mapa, pero no de un lugar. Era un esquema de ciclos. Había flechas, fechas que se repetían, nombres. En una esquina, estaba escrito en rojo:

"Evento pliegue inminente: 3/12/2031."

Mi corazón se detuvo por un segundo. Era la fecha de la foto. La misma del dorso. La misma que me había arrastrado hasta todo esto.

—¿Quieren evitar ese día? —pregunté, apenas susurrando.

La mujer cerró su carpeta.

—Queremos entenderlo. O repetirlo. Todavía no decidimos.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso? —dije. Pero en el fondo, ya lo sabía. Estaba involucrado desde antes de entender lo que estaba viendo. Antes incluso de encontrar la foto.

La mujer no contestó. El hombre con el abrigo gris habló por primera vez:

—Vos sos la bifurcación. El desvío que no logramos aislar. Por eso aparecés en todas las fotos. Por eso estás acá.

—¿Qué soy, entonces? ¿Un error?

—Una posibilidad —dijo ella—. O un espejo. Eso lo decidirá el próximo paso.

La puerta detrás mío se abrió. Un corredor blanco, larguísimo. Al final, otra figura esperándome. No la veía bien. Caminé unos pasos. Se parecía a mí. Tal vez era yo.

O tal vez, recién ahora estaba por conocerme.

No recuerdo bien lo que pasó después. Tengo flashes: un cuarto oscuro con una sola lámpara colgando, una serie de pantallas mostrando escenas que no reconozco, una habitación con relojes sin manecillas. Voces que no hablaban, pero se sentían. Como si me pensarán desde afuera.

La figura del corredor se convirtió en alguien tangible. Era yo, pero con los ojos más hundidos, con gestos que me resultaban incómodamente familiares. Hablaba con calma, como si ya supiera cada una de mis preguntas. Me explicó lo esencial, o lo que quiso que yo creyera que era esencial:

—Todo esto es un simulacro incompleto. No sos el primero, ni el único. Pero sos el único que lo recuerda así.

—¿Así cómo?

—Como historia.

Dijo que el ciclo no era una prisión, sino una herramienta. Un entrenamiento. Que algunos de nosotros habíamos sido seleccionados para “persistir a través de las versiones”, como él. Que cada paso que daba hacia el entendimiento lo acercaba más a desaparecer. Y que quizás eso era el objetivo real.

Lo último que me dijo antes de desvanecerse fue:

—Cuando despiertes, va a parecer que nada pasó. Pero esta vez, vas a tener una elección. Prestá atención a las sombras.

Y entonces todo se apagó. Otra vez.

Capítulo 6 - 14 de abril de 2025

Cuando volví a abrir los ojos, estaba en otro lugar. No era el túnel, ni la sala con los monitores. Era un cuarto blanco, sin ventanas, sin muebles. Solo una silla frente a una pared que parecía blanda, como acolchada. No recordaba haber caminado hasta allí. Tampoco cómo había salido del otro lado.

En la pared, alguien había escrito algo con marcador rojo. Era mi letra. Lo supe antes de leerla. Decía:

“Si llegaste hasta acá, ya sabés lo que sos. Falta que decidas qué vas a hacer con eso.”

Me incorporé. Noté que no llevaba reloj, ni teléfono. Ni la libreta. Solo la ropa que tenía puesta. Pero sentía que no estaba solo. Como si las paredes respiraran. Como si alguien —o algo— me estuviera observando desde otro plano.

Una puerta invisible se abrió en la pared opuesta. El pasillo era de un blanco distinto, más frío, más quirúrgico. Caminé por él. No había sonido alguno, ni siquiera mis pasos. A cada lado, pasillos secundarios se bifurcaban. No supe por qué, pero giré hacia el segundo a la izquierda.

Ahí estaban: miles de fotos. Todas de mí. Diferentes edades, gestos, lugares. Algunas con personas que conocía. Sofie. Otras con completos desconocidos. Algunas imágenes eran borrosas, como si el tiempo mismo las estuviera olvidando.

Me acerqué a una. Era la foto del principio. La del pasillo, los cinco. Pero ahora tenía un borde distinto. Como si fuera una impresión recién salida de una impresora térmica. Debajo, una leyenda nueva:

“Fase 7. Observador activo. Intervención inminente.”

Antes de que pudiera procesarlo, se apagaron las luces.

Una voz surgió, más cercana que nunca:

—¿Estás listo para dejar de mirar y empezar a actuar?

Una luz se encendió a mis espaldas. Proyectaba una imagen en la pared: una nueva sala, circular, con múltiples puertas. Cada puerta tenía una inscripción diferente. Algunas eran fechas. Otras, coordenadas. Una tenía solo una palabra: “AHORA.”

Avancé. Una puerta se abrió y en el piso apareció un camino iluminado. Las luces se encendían a medida que caminaba, como si el sistema me guiara. O me examinara. Llegué hasta la puerta de la palabra.

No había picaporte. Solo una ranura para la mano. La apoyé. Un latido. Uno solo. Se abrió.

Adentro, no había nada. O eso creí.

Pero entonces lo vi. Otro yo. Sentado frente a una mesa. Me miraba como si supiera que venía. Tenía un cuaderno abierto. Era el mío. El original. El que creía haber perdido.

—Pensé que no ibas a llegar —me dijo. Su voz era la mía, pero con algo distinto. Más cansada. Más clara.

—¿Qué lugar es este?

—Este es el intersticio. El margen entre las decisiones. El punto exacto antes de que se abra el patrón.

Señaló la pared a su derecha. Había una pantalla. Mostraba los distintos ciclos posibles. Versiones de mí entrando y saliendo de salas, de trenes, de sueños. En una de ellas, no estaba en absoluto. En otra, gritaba algo que no se escuchaba. En aquella, Sofie. Praga.

—Cada uno de esos caminos empieza acá —me dijo—. Pero no todos vuelven.

—¿Y vos?

—Yo elegí quedarme. Para avisarte. Para que esta vez, seas vos el que elige.

La pantalla cambió. Apareció una nueva imagen: yo, frente a una figura de espaldas. La fecha: **3 de diciembre de 2031.**

—No tenés que evitarlo —dijo él—. Tenés que estar ahí. Consciente.

Lo miré a los ojos. Supe que no mentía. Supe que estaba en el momento justo.

—Entonces abrí la puerta —dije.

—Ya está abierta —respondió él.

Y desapareció.

Capítulo 7 - 15 de abril de 2025

Desperté con una palabra dándome vueltas en la cabeza: *resonancia*. No sabía si la había soñado, leído, o si alguien la había implantado como una semilla. Pero se quedó ahí, como un eco vibrando debajo de todo lo que pensaba.

Todavía estaba en la sala blanca del intersticio, pero algo había cambiado. El cuaderno que mi doble había dejado sobre la mesa ahora tenía un borde rojo, del mismo color que el abrigo en la foto. Al tocarlo, se abrió en una página nueva. Sin texto. Solo un diagrama: un círculo dentro de un cuadrado, con una línea recta que los atravesaba en diagonal. No entendía el significado, pero supe que era un mapa. No de un lugar físico, sino de una decisión.

Una voz surgió desde el techo:

—Fase de sincronización iniciada. Objetivo: punto de cruce. Tiempo estimado: 72 minutos.

Una compuerta lateral se abrió. Entré sin pensar. Pasillos más largos, más oscuros. Como si el mundo se deslizara en otra dimensión. Las paredes ahora mostraban fragmentos de lo que parecía ser mi vida, pero ligeramente alterada. En una, yo estaba en una estación de tren... pero nevaba. En otra, hablaba con Sofie... pero ella tenía un ojo cubierto con una venda. En otra, el pasillo de la foto se repetía, pero con diferentes figuras cada vez.

Estaba caminando dentro del archivo. Dentro del relato. Y algo —o alguien— estaba escribiendo conmigo.

Llegué a una sala hexagonal. En el centro, una silla. Encima, un auricular. Al sentarme, me lo coloqué con cuidado, y la voz volvió, ahora más cercana, en mis oídos:

—Último intento antes de bucle. Confirme su versión.

No entendía qué quería decir con “confirmar”. Pero entonces, el auricular se activó solo. Una frecuencia grave me atravesó. Las imágenes volvieron: la foto, la celda, la esfera luminosa, el tren. Mi reflejo, multiplicado. Y una nueva escena: yo, el 3 de diciembre de 2031. La escena de la foto. Pero distinta.

Estaba hablando con alguien. No podía ver su rostro. Solo escuchaba lo que decía yo:

—No hay retorno, ¿sabés? Pero hay forma. Hay forma.

El otro no respondía. El auricular vibró. Una frase se imprimió en el aire frente a mí:

“Intervención autorizada. Versión 7B activa.”

Me quité el auricular. En el suelo, una sombra. Alguien detrás mío. Me giré. Nadie.

Pero en la silla donde me había sentado había algo nuevo: un sobre negro. Sin texto. Sin sello. Lo abrí. Adentro, otra imagen. Yo, en medio de una multitud. Todos miraban hacia un punto fuera de cámara. Todos menos yo. Yo miraba directo a la lente.

En el dorso, una única línea:

“El momento ya ocurrió. Pero todavía podés llegar.”

Me levanté. Las luces del pasillo volvieron a encenderse. El ciclo seguía. Pero ahora sabía cuál era mi parte.

Volví sobre mis pasos, pero nada era igual. El pasillo inicial se había plegado, y la estructura parecía moverse sutilmente con mi respiración. Como si el lugar se ajustara a mis decisiones. Crucé un umbral donde el aire se sentía más pesado, cargado de electricidad estática. Allí, en un rincón de metal bruñido, había una placa con números giratorios. Contaban en reversa. 00:53:08. Y bajando.

Al lado, una pequeña consola. Un teclado antiguo, y una sola tecla iluminada: "Sí". La apreté, casi por impulso. Se abrió una pantalla con mi nombre. Mis nombres. Distintas variantes de mí mismo, con fechas, edades, y probabilidades.

Vi algo que me congeló: *Versión descartada* – fecha ilegible, manchada de estática digital. Pero algo en mí la reconocía. No por la fecha, sino por la sensación. El día en que todo empezó. ¿Había sido una bifurcación? ¿O era un descarte definitivo de otra línea temporal? Todo parecía converger en esa lógica invisible que ahora, de pronto, tenía nombre: el archivo no solo era memoria. Era juicio.

La pantalla se apagó. Un nuevo mensaje emergió de la consola:

"No recordás porque todavía no elegiste."

Caminé sin rumbo hasta que encontré una especie de mirador. Daba a una estructura inmensa, como un reloj cuántico en movimiento. Agujas que no marcaban el tiempo, sino decisiones. Y en el centro, flotando, una esfera opaca. Sabía lo que era. El núcleo. El punto de origen de la fotografía.

Una figura apareció a mi lado. No la vi llegar. Estaba cubierta con una túnica translúcida. No tenía rostro visible, pero sentí su presencia como si me conociera desde antes de nacer. Habló con una voz sin sonido:

—La próxima decisión no es tuya. Pero sí el modo en que la interpretes.

Quise preguntar, pero la figura ya no estaba. Solo quedaba su eco, vibrando con esa misma palabra del inicio: *resonancia*.

Y supe, con una certeza que no podía explicar, que este no era el punto de llegada. Era apenas el umbral. Lo que venía no iba a explicarme el pasado, sino a ponerlo en juego.

Y lo que venía después... tal vez no lo escriba solo.

Capítulo 8 - 16 de abril de 2025

Dormí apenas unos minutos. Si es que eso fue dormir. Soñé con trenes que retrocedían, con puertas que se abrían hacia adentro y dejaban pasar otras versiones de mí. Todos distintos. Algunos con barba, otros sin cejas. Uno llevaba el abrigo rojo. ¿Yo con abrigo rojo? Me desperté temblando.

Había una nueva marca en la piel de mi brazo derecho. No era un corte ni una cicatriz. Era una especie de símbolo, como los que había visto en el cuaderno del intersticio: un triángulo dentro de un círculo, pero mal dibujado, incompleto. Como si alguien lo hubiera apurado.

En la sala, la luz era distinta. Más cálida. Por primera vez desde que entré al archivo, sentí algo parecido al día. Un amanecer artificial, quizá. Afuera —si es que eso era un “afuera”— se oían sonidos de agua corriendo y murmullos apagados. Me acerqué a la puerta. No era la misma de antes. Era una trampilla baja, de madera vieja.

La abrí. Un túnel de ladrillo húmedo y luz verdosa descendía en espiral. No dudé. Bajé.

El túnel parecía moverse con mi cuerpo, como si la gravedad se reescribiera a cada paso. Al fondo, una bifurcación. Dos caminos: uno recto, angosto y seco. Otro curvo, amplio, y con sonidos de gente. Elegí el segundo.

Llegué a una especie de estación subterránea. Pero no había trenes. Había filas de sillas metálicas, y en cada una, una persona dormida. O eso creí. Al acercarme, vi que respiraban, pero sus ojos se movían rápido bajo los párpados. Como si soñaran. Estaban todos conectados a pequeños dispositivos en la nuca, como parches. Algunos murmuraban palabras sueltas:

—Versión cuatro... no cruza... espera...

—No se detiene... sin coordenadas...

Vi una pantalla en la pared: "Protocolo de transición: ACTIVO". Y debajo: "Sincronización con Vector B. Tiempo restante: 23:11".

Sentí un tirón detrás mío. Una figura encapuchada. Me entregó un objeto: una cámara de fotos analógica, de las viejas. El obturador ya estaba apretado. Al abrirla, encontré un rollo sin revelar y una nota adentro:

“No mires las fotos hasta que la veas en persona.”

—¿Quién? —pregunté, pero la figura ya se alejaba entre la multitud dormida.

Subí por una escalera lateral, empujado por una urgencia que no entendía. Me encontré en una terraza imposible. Un espacio abierto, circular, con una vista de estructuras flotantes: edificios girando, puentes en espiral, cielos que parecían mapas celestes. En el centro, una mesa de piedra con tres objetos: un reloj de arena que corría hacia arriba, una hoja en blanco, y una llave vieja.

Me acerqué al papel. Se llenó de letras mientras lo miraba. Decía:

"La intervención comienza cuando recuerdes lo que elegiste olvidar."

Tomé la hoja. El reloj cambió de sentido. La llave se volvió tibia en mi mano.

Entonces lo vi: el mural. Una pared inmensa, a la distancia, proyectaba fragmentos de momentos clave. Algunos míos. Otros, imposibles. Vi a Sofie con el abrigo rojo. Vi un niño con el abrigo rojo. Me miraba como si supiera quién era yo, y como si supiera lo que había visto. Y me vi a mí, más viejo, tomando una decisión frente a una puerta que aún no conocía.

Sentí un zumbido profundo, como si el archivo —ese tejido de versiones latentes— se hubiera reactivado con mi presencia. El cielo cambió de tono. Ahora era rojo oscuro.

Una alarma sonó desde algún lugar invisible. Voz metálica, neutral:

—Nodo temporal inestable. Intervención manual necesaria.

Me giré. En el borde del mirador, una figura me esperaba. Era yo. Pero distinto. Ropa de calle, ojeras, y una cicatriz que yo no tengo (todavía). Nos miramos sin hablar.

Él sacó una hoja del bolsillo. Me la tendió. La abrí. Era un mapa, pero no de lugares. De eventos. Conectores, flechas, intersecciones. En el centro, escrito a mano:

"3 de diciembre de 2031. A las 19:42."

Levanté la vista. Él ya no estaba.

La alarma seguía. El suelo empezó a inclinarse. Todo el espacio respondía a una lógica que yo no controlaba. Pero ahora sabía que la próxima imagen no iba a llegar sola. Tenía que ir a buscarla.

Y con ella, quizá, una forma de volver a empezar.

Capítulo 9 - 17 de abril de 2025

No sé cómo llegué acá. Solo recuerdo el momento en que el suelo se inclinó, y luego un destello blanco, como el fogonazo de una cámara vieja. Lo siguiente fue oscuridad y frío. Pero no era un frío físico. Era como si el tiempo mismo se hubiera vaciado.

Cuando pude volver a abrir los ojos, estaba en una habitación cuadrada, sin ventanas. Paredes lisas, grises. Una única luz colgaba del techo, oscilando levemente. En el centro, una mesa con una caja de madera y un reloj digital. El reloj no contaba hacia adelante ni hacia atrás. Marcaba siempre la misma hora: **19:42**.

La caja estaba cerrada con un broche antiguo. La abrí. Adentro, una foto. La misma. Siempre la misma. Yo, más viejo. La camisa abierta, el gesto de alerta, los desconocidos detrás. Pero algo había cambiado. Esta vez, uno de ellos —el de la izquierda— me miraba directo a los ojos. Y sonreía.

Había también una nota manuscrita, en mi propia letra:

“La sonrisa es la clave. Pero no te confundas: no es alivio.”

Tuve que sentarme. La sensación era de vértigo, como si hubiera saltado de una línea temporal a otra sin haber terminado de aterrizar. Recordé el mapa. Recordé la fecha: 3 de diciembre de 2031. A las 19:42. Todo apuntaba ahí. Pero todavía faltaba. Y, sin embargo, todo ya había empezado.

Otra vez una puerta se abrió sola en una de las paredes. No dudé. Crucé.

Del otro lado, un pasillo con vitrales. Cada panel mostraba escenas en movimiento. Una me mostró de niño, en un parque con mi madre. Otra, el momento en que encontré el sobre. Otra, un futuro que aún no viví: yo, en una estación desconocida, esperando a alguien.

Los vitrales temblaron. El pasillo se oscureció. Una figura caminaba hacia mí desde el fondo. No encapuchada, no una versión mía. Alguien distinto. Ropa formal, zapatos lustrados, una flor blanca en el ojal. Llevaba un bastón, pero no lo necesitaba para caminar. Cuando estuvo frente a mí, habló sin abrir la boca:

—Estás saliendo del archivo.

No supe si alegrarme o temer. Pregunté:

—¿Y después?

—Después es el campo. Donde se elige.

—¿Qué se elige?

—La imagen. La que prevalece.

Quise seguir preguntando, pero me tomó del hombro y todo se desvaneció. Otra vez el fogonazo. Otra vez el vacío.

Cuando volví en mí, estaba de pie en una llanura inmensa. Cielo bajo, pasto alto, olor a electricidad. Delante de mí, una estructura de metal oxidado: un pórtico sin edificio. Colgando del travesaño, tres fotos idénticas. Las tres con la misma escena. Pero en cada una, una mínima diferencia. En una, yo sostenía una linterna. En otra, tenía la

boca entreabierto, como si gritara. En la tercera, aquellos desconocidos de la foto original estaban borrosos.

Una voz me llegó desde todas partes:

—Elegí.

Y supe que lo que decidiera no cambiaría el pasado. Cambiaría el relato. El que el archivo conservaría. El que alguien, alguna vez, encontraría.

Avancé hacia las fotos. Estaban frías. Palpitaban. Cerré los ojos.

Y elegí la que no entendía del todo.

Porque ahí estaba el gesto que todavía podía transformar todo en algo distinto. No esperanza. No miedo. Otra cosa.

Algo que todavía no sé nombrar.

Pero que tal vez, justo tal vez, sea el principio.

...

El campo comenzó a disolverse a medida que caminaba. No se trataba de una destrucción, sino de una transición. Las líneas de horizonte se curvaban lentamente, y comprendí que estaba siendo conducido hacia otro nodo. El aire tenía densidad de tinta. A lo lejos, algo vibraba.

Me encontré frente a una construcción de vidrio y metal. No tenía puertas. Solo un umbral de luz. Crucé. Era una sala enorme, vacía, pero no silenciosa. Sus paredes emitían una especie de coro: voces entrelazadas de versiones mías diciendo fragmentos inconexos. "No firmes todavía". "No abras el sobre hasta verla". "A las 19:42 exactas".

Al centro de la sala flotaba una figura. No tenía cuerpo. Era un conjunto de formas que mutaban. Cuando intenté enfocarla, cada parte cambiaba de dimensión. Me habló sin hablar:

—Vos no sos el origen, pero sí la huella.

—¿Qué soy entonces?

—La pregunta que aún no fue hecha.

La figura giró sobre sí misma y desapareció. En su lugar, flotaba una hoja. La tomé. Era una transcripción: una conversación entre dos personas. Una de ellas, yo. La otra... aún no tenía nombre. Pero hablaban del 3 de diciembre, de una estación, de una cámara, de una repetición.

No reconocía haber tenido esa charla, pero la letra era mía.

Volví a mirar el campo, que ahora era apenas una superficie líquida, como mercurio. Y entendí: todavía no era tiempo de volver. Pero tampoco de avanzar. Era tiempo de quedarme y hacer memoria.

Me senté en el suelo. Cerré los ojos. La imagen que había elegido volvió, como una herida luminosa. Y me quedé ahí, respirando dentro de ella.

Porque para transformar una historia, hay que habitarla entera.

Capítulo 10 - 18 de abril de 2025

La imagen no se fue. Tampoco se volvió más clara. Era como una transparencia proyectada sobre todo lo que miraba. Estaba ahí, superpuesta a cada rincón de ese no-lugar. Al abrir los ojos, el entorno había cambiado otra vez. O quizá no. Tal vez solo se había reconfigurado según lo que yo decidí conservar.

Estaba en una especie de estación. No una de trenes, sino de tránsito más abstracto: pasillos sin principio ni fin, señales que no indicaban destinos, sino probabilidades. En el centro, una figura alargada suspendida por hilos invisibles. Latía. Su superficie mostraba imágenes que cambiaban como si respondieran a mis pensamientos.

Una de esas imágenes me mostró a Sofie, de espaldas. Mismo abrigo rojo. Estaba detenida frente a una pared blanca. En ella, pintada con marcador negro, una cuenta regresiva. **03:12:2031 — 19:42:00**. Me acerqué. La imagen se detuvo. No se desvaneció como las otras. Como si me dijera: prestá atención. Ella giró la cabeza. Me vio. Y sonrió.

—¿Me estás viendo desde ahí? —pregunté en voz baja.

Nadie respondió. Pero la figura vibró.

El entorno cambió de nuevo. Ahora estaba en una biblioteca imposible. Estanterías que se alzaban como columnas infinitas. Libros sin títulos. Al abrir uno, encontré una única frase escrita a mano:

"La memoria no es lo que recordás, sino lo que elegís repetir."

De repente, las estanterías comenzaron a moverse, como guiadas por un patrón que no alcanzaba a ver. Entre ellas, aparecieron otros: figuras caminando. Algunas eran versiones mías. Otras, no supe. Pero todos sostenían un mismo objeto: una cámara.

Me acerqué a uno de ellos. Era yo, con el pelo más largo, la mirada tensa. Me entregó una foto sin decir palabra. La imagen era distinta esta vez. No había gente. Solo un pasillo vacío. Pero el ángulo era exacto al de la foto original. Como si fuera el mismo lugar... antes de que algo ocurriera.

—¿Es esto lo que tengo que prevenir? —pregunté.

No hubo respuesta. Solo el sonido de las estanterías, como engranajes que giraban en un mecanismo de relojería mayor. Me alejé con la foto en la mano. La guardé en el bolsillo del abrigo, aunque no recordaba haberme puesto uno.

Un nuevo pasaje se abrió. Bajé por una rampa estrecha hasta llegar a una plataforma donde flotaban relojes. No marcaban la hora. Cada uno tenía un nombre grabado. El mío, varias veces. Distintos modelos, distintas fechas. Uno de ellos giraba más rápido. Al tocarlo, vi un flash: yo, el 3 de diciembre de 2031. Pero no en la escena de la foto. En otra. Solo. Frente a un espejo roto.

—Todavía podés corregir —dijo una voz a mis espaldas. Me giré. Nadie.

Pero había otra cosa: una estructura de madera, como una silla, pero invertida. En ella, una nota:

"La inversión no es castigo. Es acceso."

Me senté. La silla se cerró sobre mí como una caja. Oscuridad total. Pero no miedo. Esta vez, sentí que el archivo no me absorbía. Me proyectaba.

Una a una, las escenas volvieron: la sala blanca, la figura encapuchada, el bastón, la llanura eléctrica, el archivo flotante. Pero ahora, una nueva escena apareció: Sofie, hablando con alguien más. Un hombre mayor. Parecía conocerlo. Él le entregaba una carpeta. Ella asentía. Y luego, miraba hacia mí. Como si supiera que yo estaba viendo.

La imagen se disolvió. Volví al pasillo. A mi lado, una hoja escrita a mano. Esta vez, no era mi letra. Decía:

"La fecha no cambia. Lo que cambia es el ángulo desde el cual llegás."

Caminé durante lo que podrían haber sido horas. El archivo parecía más calmo ahora. Como si aceptara mi presencia. Al final del pasillo, una puerta abierta. Detrás, un vagón de tren detenido. El mismo del que me vi bajar en una imagen anterior. Pero vacío.

Subí. Me senté. No pasó nada durante un largo rato. Hasta que en la ventana apareció un reflejo. Yo, de nuevo. Pero no solo. Alguien más estaba a mi lado, aunque no podía girar para verlo. Solo el reflejo. Un rostro apenas visible. Sonriente.

Entonces, el tren empezó a moverse.

Y comprendí que no se trataba de llegar a destino.

Se trataba de entender qué versión mía era la que viajaba esta vez.

Capítulo 11 - 19 de abril de 2025

El tren avanzaba sin hacer ruido. Afuera, el paisaje no se movía. Era como si el vagón se desplazara a través de una imagen fija, una lámina de tiempo detenida. El reflejo seguía ahí, en la ventana: yo, y alguien más. Cuando giré, no había nadie a mi lado. Solo un asiento vacío y la sensación de que alguien había estado allí hasta hace un instante.

Había un papel sobre el asiento. Un papel doblado, con la textura de los que habíamos usado en la escuela primaria. Al abrirlo, leí: **“No olvides mirar de nuevo lo que ya viste.”**

Guardé el papel. Me puse de pie y caminé por el vagón. Estaba compuesto por segmentos idénticos que se repetían como si estuvieran duplicados. Cada puerta que cruzaba me llevaba al mismo vagón, con mínimas variaciones: un rasguño en la ventana, una mancha en la pared, un reflejo distinto. En uno, mi reflejo parpadeó mientras yo no lo hacía.

Entonces la luz también parpadeó y el tren se detuvo.

La puerta se abrió sola. Afuera, una estación circular, sin nombre. El cielo era azul oscuro, casi líquido. Al bajar, el suelo se sentía extraño, como si flotara levemente sobre el vacío. Al fondo, un cartel que decía: **“Zona de ensayo – Versión 3”**.

No sabía qué significaba eso, pero caminé igual. A medida que me acercaba, reconocí el espacio. Era el mismo pasillo de la foto. Pero vacío. Y sin esa luz extraña. Solo un pasillo. Al final, una puerta. La empujé.

Adentro, una sala. Una mujer. De espaldas. No podía ver su rostro, pero el abrigo rojo era inconfundible. Estaba parada frente a un panel lleno de monitores. Todos mostraban versiones de mí en distintos momentos. En uno, estaba llorando. En otro, corría. En otro, discutía con alguien. Ella se dio vuelta.

No era Sofie. O tal vez sí. Tenía algo de ella, pero más joven. O más vieja. O más entera. Me miró con una mezcla de reconocimiento y paciencia. Y habló:

—Tardaste.

—¿Dónde estoy?

—En el umbral. Pero esta vez, del otro lado.

Se acercó, me tocó el rostro.

—No todo está escrito. Pero algunas cosas se repiten. Como vos.

Me señaló el panel. Uno de los monitores mostraba la escena de la foto, congelada. Yo, rodeado de cinco desconocidos, la tensión en el aire.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Una posibilidad que aún no se activa. Estás a tiempo de elegir si querés que lo haga.

—¿Cómo?

Ella me entregó algo. Una llave. Era idéntica a la que ya había visto antes, pero más pesada. Tenía grabadas las iniciales I.V.

—¿Qué abre esto?

—Un recuerdo que no es tuyo. Pero que viviste igual.

Tomé la llave. La sala se desdibujó. Todo giró. Y de pronto, estaba en una cocina. La cocina de mi infancia. Mi madre estaba sentada, leyendo. Yo, niño, en el suelo, jugando con una linterna.

Pero no era un recuerdo común. Todo tenía el color desaturado de los sueños. Me vi a mí mismo alzar la linterna, apuntarla a una caja metálica sobre la mesa. La caja vibró.

La imagen se detuvo. Un clic. Y otra vez, oscuridad.

Volví a la estación. Pero ahora era de noche. Las luces apagadas. El cartel, quemado. Caminé hasta el borde del andén. Una figura se acercaba por las vías. No caminaba. Flotaba. Vestía como yo, pero más delgado. Más pálido.

Cuando estuvo cerca, habló con mi voz:

—No me dejes acá.

—¿Quién sos?

—El que se quedó en una versión rota.

—¿Y qué querés?

—Verla de nuevo. Por última vez.

Le tendí la llave. Dudó. Luego la tomó y se desvaneció.

En mi mano quedó la foto. La original. Intacta. Pero ahora tenía algo nuevo: al dorso, una línea escrita con tinta roja:

“19:42 no es una hora. Es una coordenada.”

Y entendí algo que antes solo intuía: que las imágenes no muestran el pasado. Muestran el punto donde algo debe ser decidido.

Y ahí estaba yo. Otra vez.

En el borde de la próxima decisión.

Capítulo 12 - 20 de abril de 2025

Estaba en la estación, pero ya no era la misma. O yo no era el mismo que la había pisado antes. El andén parecía haberse estrechado, como si el espacio se adaptara a la duda. A lo lejos, en la penumbra, la figura flotante ya no estaba. Ni el cartel. Ni el cielo líquido. Solo un silencio enorme, denso, casi táctil.

En mi mano, la foto seguía intacta. El reverso con la coordenada: **19:42**. La leí una vez más, como quien repite un número antes de marcarlo.

Un zumbido grave emergió de las vías. El tren volvía. Pero distinto. Esta vez, su superficie reflejaba no el paisaje, sino fragmentos de recuerdos. No míos solamente. Algunos me parecieron ajenos. Sofie en un bosque. Un viejo en una azotea. Una silueta entrando en un quirófano. Me vi corriendo bajo la lluvia. Me vi cayendo. Me vi sonriendo. Besando, amando.

Cuando el tren se detuvo, no hubo puertas. Solo un espacio vacío donde debía estar la entrada. Lo crucé igual. Adentro, no había asientos. Había espejos. Docenas. Todos rectangulares, todos vibrando levemente. Me acerqué a uno. Mi reflejo hizo un gesto que no hice. En otro, una versión mía más vieja sostenía un cuaderno abierto. En otro, estaba con Sofie, ambos riendo, en una terraza.

El tren se movía. ¿O era el archivo, o el depósito? Los espacios se mezclaban, y ya no importaba. Yo no sentía el movimiento. Era como si el mundo girara en torno al vagón. En un espejo, la escena de la foto. Congelada. Otra vez. Pero había un cambio mínimo: uno de los cinco desconocidos me tocaba el hombro. Sentí un escalofrío. Me giré. Nada.

Un ruido metálico. Una compuerta se abrió. Del otro lado, una cámara oscura. Paredes negras, piso de vidrio, un único objeto: una silla enfrentada a una pantalla. Me senté. La pantalla encendió sola. Texto blanco sobre fondo negro:

“3 de diciembre de 2031 — 19:42:00”

Debajo, una línea más pequeña:

“Confirmar punto de cruce.”

Una tecla brillaba en el reposabrazos: **Aceptar**. Otra, apenas visible, decía **Repetir**.

No toqué ninguna.

En cambio, esperé. Y la imagen cambió. Mostró un pasillo. El mismo. Pero vacío. Luego, la escena clásica. La foto. Luego, una nueva: yo, frente a una puerta que no conocía. Luego, Sofie, sola, llorando.

La pantalla se apagó. Otra línea apareció:

“¿Cuál versión querés que prevalezca?”

No había botones esta vez. Solo mi voz. Entendí que debía decirlo. Pero no supe qué decir.

Entonces, desde atrás, una voz conocida:

—No elijas por miedo.

Me giré. Ella estaba ahí. Sofie. O una proyección de ella. Pero real. O al menos, más real que todo lo demás. Se acercó. Me tocó el rostro.

—Ya elegiste. Ahora solo tenés que recordar.

—¿Recordar qué?

—Lo que te trajo hasta acá. La imagen no era una advertencia. Era una apertura.

La cámara se disolvió. Volvimos al tren. Pero ahora tenía forma. Y un rumbo. Afuera, el mundo se curvaba. Reconocí lugares imposibles. Fechas. Ciclos. Todo superpuesto. Como si el archivo ya no filtrara. Solo mostrara.

Sofie sacó algo del abrigo. Una caja pequeña. Me la dio.

—¿Qué es?

—Lo que queda cuando todo lo demás se fue.

La abrí. Adentro, una foto. Pero no una más. Era la que faltaba. Yo, en la estación. De frente. Mirando a cámara. Solo. Sin los cinco. Sin fondo. Solo yo.

En el dorso, una sola palabra:

“Confirmado.”

La estación se materializó frente al tren. El mismo andén, pero ahora con luz. Bajé. Nadie más bajó. Ella no estaba. El tren partió sin hacer ruido. Me quedé solo. Y entendí.

Sofie no era una visitante del archivo. Ni una proyección más. Era mi esposa, mi novia, mi amante, mi amiga. Lo único que siempre me importó. La había perdido, mucho antes de que llegara la primera imagen. Perdida de una manera que no supe nombrar hasta ahora. Porque hay formas de la ausencia que se parecen demasiado a la espera.

Y esta era mi elección. No reescribir lo que pasó. Sino quedarme justo ahí, en el instante en que todavía estábamos juntos. En la versión que la contenía. Porque a veces, el archivo no guarda lo verdadero. Guarda lo que uno no está dispuesto a soltar.

El cruce no era un evento. Era una decisión que debía repetirse hasta que se asumiera. No se trataba de evitar algo. Se trataba de asumir lo que alguna vez ya se eligió, pero se olvidó.

Guardé la foto.

A las 19:42, la luz cambió. El pasillo se abrió. Y por fin, entré. Y ese agobio pareció terminarse.

...

Esto es lo que recuerdo:

No una línea. Un círculo. Un fragmento que se reescribe al tocarlo. Una imagen que no era mía, pero me contenía. Que me mostraba no lo que fui, sino lo que aún podía sostener.

Y ahí estoy. O estuve. O estaré.

En la imagen. Frente a mí.

Sabiendo que fue real.

Porque si una imagen puede transformar el pasado, entonces también puede inventar un futuro.

Epílogo - 3 de diciembre de 2031

El cielo estaba claro. Más claro de lo que cualquiera habría esperado para un día como ese. A las 19:42, el reloj de la estación marcó una hora que no parecía del todo real. Ni tarde ni temprano. Justo en el umbral.

Él había vuelto. O, mejor dicho, se había permitido llegar. Ya no había razones para seguir postergándolo.

Vestía sencillo. Sin abrigo, aunque el viento traía una brisa de otra estación. Caminó lento, como si ya conociera cada baldosa del andén. Tal vez las había soñado todas. O tal vez las había recorrido antes, en otra versión.

En su bolsillo, la foto. Siempre la misma. Pero esta vez no la miró. No la necesitaba.

Se detuvo frente al banco de hierro oxidado. Se sentó. Cerró los ojos. Y respiró profundo, como quien respira por última vez con intención.

La luz del atardecer le dio en la cara. Por un momento, pareció sonreír. No con alegría. Con alivio. El tipo de alivio que uno siente cuando finalmente deja de luchar contra una ausencia que se volvió insoportable.

Sofie. Siempre ella. El recuerdo que se volvió habitación, edificio, archivo, tren. El amor que no pudo transformarse en otra cosa. Había intentado vivir sin ella. Intentado reconstruir una narrativa donde no estuviera. Pero no funcionó. No para él. En todas las historias volvía a aparecer. En todas las versiones, en todos los ciclos.

A su lado, nadie. Pero él asintió, como si alguien le hubiera dicho "está bien". O como si él mismo, desde otra dimensión, se lo hubiera permitido al fin.

El reloj hizo un sonido suave. Un clic. 19:42.

No se levantó.

Y entonces se vio: el abrigo rojo. No recordaba habérselo puesto esa mañana, pero ahí estaba. El mismo de la foto. El mismo que, desde el principio, le había hecho desconfiar de sí mismo. Porque el hombre del abrigo rojo no era alguien a quien pudiera seguir. No era alguien que pudiera salvarse.

La brisa se volvió calma. El tren no llegó. Nadie más pasó por la estación esa noche.

Solo quedó él. Y la certeza de haber encontrado, finalmente, el lugar desde donde no era necesario volver. Porque la memoria ya no dolía: se había vuelto decisión. Y el dolor, forma.

Y si alguien alguna vez encuentra la foto —la verdadera, la última—, sabrá que no muestra una muerte. Muestra un regreso. Uno sin retorno. Uno elegido.

Porque no todos los actos de desaparición son una pérdida.

A veces, son una forma de permanencia.

FIN